

Por no perder aquella buena presa,
 Con osadía mas que de valiente,
 Tras de la caza va por la dehesa
 Sin que lo viese nadie de su gente;
 El indio como vió puesta la mesa
 Acudió contra él incontinente,
 Diciéndole: «repara, porque veas
 Quién merece mejor estas preseas.»

Cada cual de los dos iba lozano
 Y al singular certamen no sin gana,
 El indio con sus dardos en la mano
 Y con poderosísima macana;
 Leon consideró con seso sano
 Que cumpliera hacer rodela sana;
 El dispuesto gandul se llegó junto
 Al español que no le pierde punto.

El indio con las mas fuerzas que pudo
 Despide de las manos en un dardo,
 Paso toda la tabla del escudo
 Sin bastalle dureza ni reguardo,
 Y entró hasta parar en cierto punto
 Del sayo de algodón y duro fardo;
 Y á no ser la herida tan al sesgo
 Joan de Leon corria barto riesgo.

El cual procuró luego de alcanzallo
 Y dalle golpe lleno con el hierro,
 Mas él huía como buen caballo,
 Acometiendo bravo como perro;
 Y cuando mas pensaba de cansallo,
 Tanto mejor subiera por un cerro,
 Antes el español, como cargado
 De mas armas, andaba mas cansado.

Libró los otros dos dardos galanos,
 Apuntando con ellos mas al viso,
 Impetuosos ambos, pero vanos
 Por esperallos con mejor aviso;
 Vense los combatientes ya cercanos
 Por querer uno lo que el otro quiso,
 El espada procura lo que resta,
 Y el indio la macana tiene presta.

El cual en este caso mas agudo,
 A causa de ser menos impedido,
 Tal golpe dió por cima del escudo
 Que casi lo privó de su sentido;
 Mas esforzóse todo cuanto pudo,
 Y apechugó con él amodorrado,
 Pensando barrenallo por debajo;
 Mas el indio con salto se retrajo.

Estando cada cual con el desino
 De poder sujetar contrario Marte,
 Un español llegó por el camino,
 Y un bárbaro también por otra parte;
 El español al español se reparte;
 El indio por el indio se reparte;
 Y como no lo tiene de costumbre,
 Leon recibió grande pesadumbre.

Pues viéndolo venir desta manera,
 Dijo desde el lugar donde se halla,
 «Pesar de mí, señor, teneos afuera
 Mirando desde lejos la batalla;
 Que no soy yo gallina ponederá,
 Ni me espantan cien mil desta canalla;»
 Cubrióse del escudo con coraje,
 Y arremetió de veras al salvaje.

Descargó la macana levantada
 El indio por matar nuestro cristiano,
 Corren por ella filos del espada
 Cortándole los dedos de la mano;
 La rodela quedó bien quebrantada,
 Y el dueño quedó del todo sano;
 Mas, como ya con brazos hacen guerra,
 La daga muerto dió con él en tierra.

Grandísimo pesar tomó de vello
 El bárbaro segundo que venia,
 Que quisiera llegar á socorrello,
 Mas aquel español lo defendia;
 Por lo cual anduvieron al caballo,
 Puesto que no con tanta valentia;
 Pues el otro quitado de por medio,
 Huir le pareció mejor remedio.

Los trances rigurosos acabados
 Y el un indio huido y otro muerto,
 Vinieron los dichos dos soldados
 A los demás que estaban en el puerto,
 Adonde los hallaron congregados;
 Y puestos en buen orden y concierto,
 Trató Leon de sus inconvenientes,
 No sin admiración de los oyentes.

Mas no poquitas veces ponen miedo
 A gentes valerosas españolas
 La fuerza, la soltura y el dentado
 Que tienen muchos indios á sus solas;
 Que como valerosos á pié quedo
 Ganan victoriosas laureolas,
 Heles visto hacer hechos estraños,
 Y en nuestra gente no pequeños daños.

Y en tierra de Cubagua, que no callo
 Por ser de los guerreros la princesa,
 A hombres en la guerra hecho callo
 Ya vimos en llanísima dehesa,
 Siete indios á siete de caballo
 Quitalles los despojos y la presa,
 Con otra cosa no de menos fama
 En un río que Guárico se llama.

Esto fué que Fernando de Baeza
 Un indio vió que le mostró las suelas,
 Y para lo coger en poca pieza
 Al caballo hirió de las espuelas;
 A él lijeros pasos endereza,
 Pensando de traello con pibuelas;
 El indio como ya lo vió cercano
 No rehusó parar en lo mas llano.

El cual con valeroso continente,
 Macana con dos manos esgrimiendo,
 Se defendia valerosamente,
 La lanza y el caballo rebatiendo;
 El español de vello tan valiente,
 Los labios con despecho remordiendo;
 Arremetió con vana confianza,
 Pensando de llevallo con la lanza.

Bien pensaba matallo de camino
 Y quedalle también el brazo sano;
 Pero contrariamente les avino,
 Pues el indio con ánimo romano
 Dió de través un salto peregrino,
 Y quitóle la lanza de la mano,
 El cual después de hecha tal ofensa
 Con la lanza hacia su defensa.

Pues como ya la lanza le faltase,
 Y al indio vió también quedar intato,
 Esperando la gente que llegase
 Estúvose suspenso por un rato,
 Temiendo que el caballo le matase
 Por no valer entonces tan barato
 Como vemos al tiempo que esto cuento,
 Que lo que uno valia cuestan ciento.

Hernando de Baeza pues estanca
 Por la causa que tengo declarada,
 Esperando que llegue gente blanca
 De los comiliones del armada;
 Allegó luego Joan de Salamanca
 Con Francisco Martin de la Bogada,
 Y otros dos de caballo, buenos hombres,
 Que ya no me recuerdo de sus nombres.

Llegados estos cuatro por la via
 Donde el dicho Baeza reparaba,
 Vieron el indio que se defendia
 Con aspecto feroz y furia brava;
 Y como con lozana gallardía
 La lanza por el cuento blandecía,
 Cada cual dellos á decir comienza;
 ¡Qué grande poquedad y qué vergüenza!

Mas cada cual guardaba su caballo
 Al riesgo no queriendo ser anejos,
 Y así, con intencion de lanceallo,
 Tiráronle las lanzas desde lejos;
 No pudieron herillo ni matallo,
 Quedándose confusos y perplejos;
 Así que de las lanzas rebatidas
 Tenia todas cinco recogidas.

Estando todos no sabiendo cómo
 Sacar las lanzas del gandul guardoso,
 Allegó por allí Luis Perdomo,
 Soldado diestro, suelto y animoso,
 Hombre para la guerra de gran tomo,
 Y en lances semejantes venturoso,
 Natural de las islas de Canaria,
 Y de los antiquísimos de Paria,

El cual en gran manera se reia;
 Y no sin confusion destos cristianos,
 Se bajó del caballo que traia,
 La lanza mal asida con las manos,
 Porque de manco ya no las tema,
 A lo menos en ellas dedos sanos;
 Desta manera pues se fué llegando
 Su vida y la del indio guardando.

Afirmóse también de su postura
 El indio sin recelo del combate,
 Tirándole dos botes con soltura,
 Que luego Luis Perdomo le rebate,
 Y entró con él en esta coyuntura,
 No queriendo matar ni que lo mate,
 Y así vinieron ambos á la lucha,
 De cada parte no sin fuerza mucha.

Cada cual dellos juega falsa treta,
 Pues barren los hocicos la ceniza,
 El vestido las manos mal aprieta,
 El que no tiene ropa se desliza,
 Mas al fin el vestido lo sujeta,
 Y á puño y hofeton lo martiriza;
 Sirvióle después bien este captivo
 El tiempo que en el mundo duró vivo.

En otros muchos lances no reparo,
 Aunque por cierto yo vi grandes cosas,
 Que podrán admirar si las declaro,
 Y me diere Dios horas espaciosas;
 Mas quierome volver á Zalazaro,
 Pues vuelve con sus gentes victoriosas,
 Heridos hasta dos ó tres soldados,
 Y todos ellos bien aprovechados.

Regocijados todos desta gloria
 Por pasos de caminos conocidos,
 Llegaron á la villa ya notoria,
 Donde con honra fueron recibidos,
 Congratulándose de la victoria
 Que ganaron los cojos y tullidos,
 Con otras muchas mas que, Dios mediante,
 Podrán ver los lectores adelante.

CANTO QUINTO,

Donde se cuenta la pacificación de toda la isla y la postrera batalla, donde todos los indios estaban juntos con grandes valedores de caribes.

El que padece penas y dolores,
 Ajeno del descanso que tenia,
 Forzado de sus mismos sinsabores
 Suele perder temor y cobardía;
 Y así no pocas veces los temores
 Engendran y producen osadía,
 Porque por remediar vieja querrela
 Procuran de behella ó de vertella.

Movidos deste mal los boriqúenes,
 Viéndose perseguir por tantos modos,
 Perdidas sus haciendas y sus bienes,
 Quisieron meter hasta los codos,
 Asegurándose destos vaivenes,
 O de una sola vez perderse todos,
 Queriendo mas morir por sus defensas
 Que ver y padeecer tantas ofensas.

Para valerse pues contra los males
 De la guerra que tanto les apoca,
 Hizo junta de indios naturales
 Aqueibaná que todos los provoca;
 Llegáronse señores principales:
 Aimanio, Guarionex, Mobodomoca,
 Y demás destas gentes en que estriba
 Crecida cantidad de la cariba.

Formaron una hueste poderosa
 Con que cubrían campos y zavasas,
 Arreados de yerba ponzoñosa,
 Usada destas gentes inhumanas;
 Jamás se vido semejante cosa
 De dardos, arcos, flechas y macanas,
 Tan grande munición, tantos carcajes,
 Tantas diversidades de plumajes.

En las guerras espertos y avisados
 Serian quince mil los deste cuento,
 Y todos por los trances ya contados
 Faltos de temeroso sufrimiento;
 Hizo de los caribes mas nombrados
 El rey Aqueibaná su llamamiento,
 Y así como llegó la gente fiera
 A todos les habló desta manera:

«El bueno que procura valedores
 Para se defender de malas gentes,
 Debe tener en mucho los favores
 De sus vecinos, dandos y parientes;
 Y en mas se preciarán cuanto mayores
 Y á su necesidad mas convenientes;
 Que la falta con tiempo socorrida
 Conviene ser muy mas agradecida.

» Considerando pues cuán á lo largo
 Corre mi trabajosa desventura,
 Habeisme puesto todos en gran cargo
 Con amistad de fuerte ligadura,
 Por socorrer en tiempo tan amargo
 Y en tan necesitada coyuntura,
 Que si nos falleciere es ninguna,
 No se puede tentar otra fortuna.

» Y pues que vuestros bravos movimientos
 Son perpetuo terror de los humanos,
 Tanto que dellos son vuestros sustentos
 Y los manjares mas cotidianos;
 Deseo que varones tan sangrientos
 No se nos escapasen de las manos,
 Para que desta vez se mate fuego
 Que nos causa mortal desasosiego.

» Porque si desta vez no se destierra
 Esta plaga y aquesta desventura,
 También ha de correr por vuestra tierra,
 Sin que podais tener hora segura;
 No tiene de faltaros cruda guerra,
 Infame sujecion y cárcel dura,
 Porque para hartar su hambre loca
 Lo mas se les antoja cosa poca.

» Los ejemplos tenemos en las manos,
 Con pérdida de nuestras vecindades;
 Pues, desde los haytles fueron llanos,
 Con nunca jamás vistas crueldades
 Pasaron, como veis, á los oceanos,
 Do so color de buenas amistades,
 Privan á todos de las dulces prendas,
 De hijos y mujeres y haciendas.

» Si desta suerte ya quedan los otros,
 Sujeto y acabado nuestro bando,
 Es claro que ninguno de vosotros
 Podriades quedaros alabando;
 Sino que victoriosos de nosotros
 Os seguirá furor no menos blando,
 Y aun á los de costumbres mas oscenas
 Acaso punirán con las setenas.

» Así que, para vernos redimidos
 De tantas aflicciones y cuidados,
 Querria que si fuistes atrevidos,
 Seais mas atrevidos y esforzados;
 Los contrarios son pocos y tullidos,
 Aunque valientes y determinados;
 Pero poco valdrá su pesadumbre
 Contra tan infinita muchedumbre.

Las gentes inhumanas y crúeles,
 Oida la razon de tantas penas,
 Respondieron allí por sus cuarteles
 Palabras de temores bien ajenas,
 Con furia de grandísimos lebreles
 Que por morder remuerden las cadenas,
 Encendidos de pestilente gana
 De ya poder heber sangre cristiana.

La gente castellana, que velaba,
Segun que tal peligro requeria,
Ninguna cosa destas ignoraba
Por indios que tomaba cada dia;
Y por sus pocas fuerzas recelaba
Junta de tan proterva compañía;
Pero con recelallos y temellos
Determinaron ir en busca dellos.

Y no sin aficiones y cuidados
Que suelen agravar esta balanza,
Llamó Joan Ponce todos sus soldados,
Dignísimos por cierto de alabanza;
Y estando todos ellos congregados,
Sin muestra de temor y destemplanza,
Como varon en todo suficiente,
Me dicen que les dijo lo siguiente:

«No creo que ternéis por villanía
Decille que defienda su partido
A quien con tan suprema valentía
Me consta bien habello defendido;
Pues puede redundar en culpa mia
No ser en este caso proveído,
Para que á valor tan infinito
Ayudemos siquiera con un grito.

»Porque así como sobra de razones
Engendra confusion en los oyentes,
Ansí do quier que faltan prevençiones
Suelen nacer cien mil inconvenientes,
Que paren otras muchas ocasiones
Por do suelen perderse muchas gentes,
Y mas en guerra y el contrario junto,
Do no conviene que se pierda punto.

»Movido pues, señores, deste celo,
No sin vacilaciones varias, oso
Deciros que hollais ajeno suelo,
Y tenéis enemigo poderoso;
Que cumple no durmamos sin recelo,
Que conviene tener poco reposo,
Que demos orden para que esta plaga
Con menos riesgo nuestro se deshaga.

»Y cierto no conviene que los buenos,
En riesgo del honor y de la vida,
Hagan cosas á poco mas ó menos;
Sino por una regla bien medida,
De la cual los que fueren mas ajenos
Hallarán mas cercana la caída:
Pues á quien corre sin mirar por dónde
No siempre buena dicha le responde.

»Considerando pues la gran compañía
De gente tan cruel y tan molesta,
El desorden notable cuanto daña,
Un pesado desuido cuanto cuesta;
Deseo que nos demos buena maña
En este postrer trance que nos resta,
Porque después gocemos sin zozobra
Fructuoso trabajo desta obra.

»Pues si nuestras zozobras tienen vado,
Como tengo de Dios la confianza,
Será vuestro trabajo conmutado
En vida de placer y de holganza,
Y cada cual muy bien galardonado
De lo que el rico Boriquén alcanza;
Todo lo cual parece que asegura,
Demás del gran valor, vuestra ventura.

»Esta conviene mucho que sigamos
Huyendo del peligro los extremos,
No para que del todo los temamos,
Sino que con recato nos guardemos,
Y para concluir lo que tratamos,
Antes que ellos nos busquen los busquemos;
Pues, jugando de mano, veces hartas
Desbaratan á trufos buenas cartas.

»Para ser de valor mas alentados,
Podeis encomendar á la memoria
Que en todos los reñimientos
Habeis gozado siempre de victoria,
Con hechos tan heroicos y esforzados
Que se les debe muy cabal historia,
Y no cumplir que pierdan los remates
Hazañas tan subidas de quilates.

»Si tiene parecer el hombre diestro,
Este es mi parecer y mi sentencia,
Aunque deseo yo saber el vuestro;
Pues no tenéis menor el esperiencia;
Y el que sintiere ser mejor maestro
Aqui para hablar tiene licencia;
Pues no siendo razon del todo vana
Escucháremosla de buena gana.»

El número de aquesta compañía
Sin exceptarse del mozo ni viejo
En aquestas palabras se veía,
Como si fuera lumbre de un espejo;
Y así dijeron que lo que decia
Era necesarísimo consejo,
Y lo que contenian sus razones
Se conformaba con sus intenciones.

La voluntad de todos conocida,
Que fué para tal caso conveniente,
Aderezóse luego la partida
Con cuanta brevedad les fué posible;
Ochenta solos hacen la corrida
Contra los quince mil, gente terrible;
Dudosos se harán á los humanos
Tan altos hechos y tan soberanos.

»Quién creerá vencer á tan gran Marte
Estatura de tan pequeño codó?
O cómo fuerza de militar arte
Para ello halló via ni modo?
Mas peleaba Dios de nuestra parte,
Que con su voluntad lo vence todo;
Pues queda muy atrás valor humano
Donde pelea su potente mano.

Era tenido Salazar en tanto
Al tiempo que esta guerra se trataba,
Que el batey de los indios y su canto
Con gran veneracion lo celebraba:
Su nombre les ponía tal espanto
Que el indio mas soberbio mas temblaba;
Y en tiempo destas vueltas y rigores
Fatigábanlo mucho sus dolores.

Pues como vió Joan Ponce que se halla
Esta persona principal tan flaca,
Y que para romper cualquier batalla
Cuanto mas flaco mas esfuerzo saca,
A ciertos indezuolos de canalla
Mandó que lo llevasen en hamaca,
Y así con el reguardo conveniente
De sus desnudos hombros va pendiente.

Salieron luego para la conquista
Con buena prevencion nuestros varones,
Sin hallar tropezón que los resistía
De tantas y tan grandes poblaciones.
Finalmente, llegaron á la vista
De los embravecidos escuadrones,
Los cuales estuvieron muy atentos
Riéndose de sus atrevimientos.

Asentaron real, pequeño trecho
Del contrario sin grita ni ruido,
Teniendo por espaldas un repecho
Que hacia lugar fortalecido,
Para tales designos á provecho,
De maíz, leña y agua proveído;
El cual lugar les dió grande consuelo
Por habello hallado tan á pelo.

Como los nuestros pues allí viniesen
A hora poco mas de mediodía,
Para los provocar á que saliesen
Gran muchedumbre de indios acudia;
Españoles querian que rompiesen,
Joan Ponce de Leon no consentía;
Pero por ojear sobresalientes
Salieron hombres sueltos y valientes.

Salíó Joan de Leon, mozo valiente,
Pero Lopez de Angulo, Joan Mejía,
Mostróse Salazar tan solamente
Que para mas licencia no tenia;
Porque de tan gran número de gente
La principal muy bien lo conocia,
Salíó Miguel de Toro, Joan Gonzalez,
Y hasta diez ó doce destes tales.

Demás de que las armas iban prestas,
Iban calzados de ligeras suelas,
Llevan un arcabuz y tres ballestas,
Y las demás con espadas y rodela;
Y á los indios de plumas mas enbiestas
Aprietan, como dicen, las espuelas,
Mataron en aquesta rociada
Tres ó cuatro de gente señalada.

Los indios que volvieron afrentados
Causaron en los otros tal revuelta,
Que revolviéron mas determinados
Hasta doscientos, toda gente suelta;
Los españoles diestros y avisados
A nuestros escuadrones dieron vuelta,
Pareciéndoles bien el primer lance
Sin esperar mas riguroso trance.

Estando pues los nuestros en sus puestos,
Cada cual dellos bien aderezado,
Vieron entre estos indios bien dispuestos
Un indio grandemente señalado:
Las piernas y los brazos muy compuestos,
En los pechos cemi de oro labrado,
Y segun en su traza representaba
Debia ser persona de gran cuenta.

Todos tenían pues la vista fija
En aqueste gandul que parecia,
No sin alteracion algo prolija
Sobre saber de cierto quien seria;
Porque con las pinturas de la bija
De cierta ciencia no se conocia;
Mas en comun juraba gente nuestra
Ser el Ageuibana, segun la muestra.

Durante por palabras la pelea
Entre los adalides principales,
Dijo Joan de Leon: «quien quier que sea,
Bueno será que pague tantos males;
Y no venga la noche sin que vea
Las penas y tormentos infernales.»
El arcabuz tomó que va cargado,
Y por su rodadero Joan Casado.

Viendo que dos bajaban por la via
Del fuerte do tenían sus pertrechos,
Ocurrieron los indios á porfia
Y á tomallos á manos van derechos;
Apuntó bien Leon á quien queria,
Y dióle por el medio de los pechos;
Cayó volcándose por aquel suelo,
Quedando los demás con gran recelo.

Pero con presuroso continente
Asieron á porfia del caído,
Sacándolo cargado prestamente
De aquel lugar adonde fué herido;
Y así como lo vió la demás gente
Dieron terrible grita y alarido,
Yéndose poco á poco retirando,
La muerte del caeique lamentando.

Convierten el placer en duro llanto
De verse reducir á servidumbre,
Y así decían todos con espanto
Aunque no lo tenían de costumbre:
«O los poquitos destos valen tanto
Como si fuese grande muchedumbre,
O han resucitado nuestros amos
Y hablo de los cristianos que matamos.»

Confiados de fuerzas y soltura,
Quisieran muchos ir en los alcances,
Pero Joan Ponce dijo ser locura
Y desvariadissimos balances:
«Dejadlos ir, que es guerra mas segura;
Pues Dios nos ha librado destos trances,
Daldes lugar á bien llorar su muerte,
Que el rey Ageuibana debe ser cierto.»

»Pareceme consejo muy mas sano,
Por libertad de tan pesado Marte,
Las gracias dello dar al Soberano,
Pues nos ha sucedido de tal arte
Que nos dió la victoria de su mano
Siendo nosotros harto poca parte:
Limosnas se harán y sacrificios
Reconociendo tantos beneficios.

»Íranse los caribes mal pesantes
Por verse padecer trances tan duros,
Dividiránse luego los restantes
De libertad perdidos ya sus juros;
Tenémoslos tan llanos como antes,
Y por ventura harto mas seguros;
Que no hicieran ellos tal mudanza,
Si de volver tuvieran la esperanza.

»Por tanto, pues la gente queda sana
Y libres ya del encendido fuego,
Cenemos lo que hay de buena gana,
Puesto que no durmamos con sosiego;
Volvemos hemos luego de mañana,
Que ganado tenemos este juego.»
Con esto reportó la compañía,
Y se volvieron todos otro dia.

Y así fué que después los boriquenos
Se quisieron rendir todos á una,
Los españoles vivos quedan buenos,
Y la guerra les da pena ninguna;
Joan Ponce de Leon ni mas ni menos
Gozaba de su próspera fortuna,
En paz con su mujer y con sus hijos,
En sus minas, estancias y cortijos.

Trajeron grande copia de ganados,
Necesarios á todos menesteres;
Vinieron á poblar hombres casados
Con sus familias, hijos y mujeres;
Varones diferentes en estados,
Ricos y caudalosos mercaderes,
Ocupan puertos varios navegantes
Y grande multitud de contratantes.

Lucen y resplandecen los arrees
Que cubren las humanas proporciones,
Hay justas, juegan cañas hay torneos
Con grandes variedades de invenciones,
Satisfacen riquezas sus deseos,
Vanse poblando nuevas poblaciones,
Las cuales conocí con gran provecho,
Pero ya muchas dellas se han deshecho.

Tenian de oro ricos nacimientos,
De cosas necesarias gran hartura,
Hay grandes hatos, hay heredamientos,
Hay por la isla toda gran cultura;
Celebráronse muchos casamientos
Con damas de valor y hermosura,
Y acuérdome de aquestos pobladores
Que dejaron algunos sucesores.

Gaspar y Gareí Troche, principales
En estos regimientos y gobiernos,
Hombres en toda cosa tan cabales
Que del dicho Joan Ponce fueron yernos;
Francisco y Joan de Toro, y otros tales
Para cualquier peligro nada tiernos,
Francisco de Alvarado, Diego Ramos,
Que por varon ilustre lo contamos.

Diego de Cuéllar, Pedro de Espinosa,
Y con ellos Victor y Joan Guitarte,
Pedro de Mata que en cualquiera cosa
De honra no le daban poca parte.
Castellanos, persona generosa
En cuanto clara parte nos reparte,
Y aqueste generoso caballero
Fué después en la isla tesorero.

Francisco de Mayorga, tan bastante
En todo cuanto puede ser nobleza,
Que ningunos pasaron adelante
Y pocos en posible de riqueza;
Joan de Mayorga, hijo, semejante
En discrecion, honor, virtud, proeza,
Que vive, y es persona señalada
En este nuevo reino de Granada.

Persona de mi harto conocida,
Pues vi que en escuadrones de Belona
Ha servido muy bien toda su vida,
Y sirve hoy á la real corona;
Tiene mujer que tiene merecida
Alabanza inmortal de su persona,
Dicha doña Maria de Cazalla,
Que soy muy poco yo para alaballa.

Ansimismo hicieron allí rancho
Un Baltasar Cáncer y Joan su hermano,
En honor sin venille nada ancho
Dicho Ruiz Barrasa tuvo mano;
Hubo también aquel Francisco Joaicho.
Muy rico y caudaloso baquiano,
Alonso Manso, Baltasar de Castro,
Que de fama no dejan menos rastro.

A Hernán Sanchez Alemán me llego,
Hombre de gran valor y mucha suerte,
Al cual yo conocí ya medio ciego
Con Joan de Vargas, otro varon fuerte
Ansimismo Garci de Villadiego,
Y el triste que murió de mala muerte,
Cristóbal de Guzman, y diré cómo,
Por ser un caballero de gran tomo.

Puesto caso que estaba ya hollada
La isla con sus indios todos llanos,
Era también á veces infestada
De todos los caribes comarcanos;
Y en diferentes tiempos salteada
Con harta perdición de los cristianos,
Acometiendo con escuridades
Los hatos, las estancias y heredades.

Y en las rebeliones desta tierra,
En un cierto rencuentro riguroso,
Mataron, segun uso de la guerra,
Un Cacimar, cacique poderoso,
E Yahureibo, desta gente perra
Cacique por extremo belicoso,
Quiso venir con poderosa mano
Para vengar la muerte del hermano.

En piraguas, que son como galeras,
Metió trescientos indios escogidos,
Del Boriquén tomaron las riberas,
Sin ser vistos, oídos ni sentidos,
Acecharon caminos y carreras,
Por las cuales van bien apercebidos
Al Daguao sus pasos encaminan,
Y á las estancias que con él confinan.

Allí tenia principal estancia
Guzmán con cantidad de frutos varios;
Seria media legua la distancia
Del puerto de saltaron los cosarios;
El Guzmán sin ninguna vigilancia,
Ni miedo, ni recelo de contrarios,
De tal manera, que por plaza rasa
Llegaron hasta le cercar la casa.

El resplandor del sol era salido
Cuando salió también la gente fiera,
Acudió con los suyos al ruido,
Por tomar un caballo, si pudiera;
Pero luego de yerba fue herido
En el primero pié que puso fuera,
Y como vido tantos al encuentro
Parecióle mejor volver adentro.

Mas los voraces indios inhumanos
Tuvieron en entrar tal osadia,
Que vivo lo tomaron á las manos
Con las negras é indios mas cercanos
Y de negros é indios mas cercanos
Para comer mataban á porfia,
Maniaban los miseros captivos,
Y llevan á los muertos y á los vivos.

Aquesta montería concluida
Y recogido todo lo restante,
No dilataron mucho su partida
Por no cumplir en salto semejante
Llevando con la gente recogida
Al dicho don Cristóbal por delante,
El miserable triste maniado
Y de rabiosos perros rodeado.

¡Oh fortuna cruel! ¡oh hado ciego
Que tantas vueltas y revueltas fraguas
Pues llegados al mar lo meten luego
En aquellas sus barcas ó piraguas
Y por no les cumplir mucho sosiego
Arando van las inquietas aguas,
Con crecido caudal, con rica presa,
Y de carnes humanas larga mesa.

Curóle Yahureibo la herida,
Gozoso de tener tan buen captivo,
No tanto por quererle dar la vida,
Cuanto por se servir del siendo vivo;
Es el dolor del pié muy sin medida,
Mas el del corazon mas excesivo,
Por no se descubrir hora segura
Ni cosa que no fuese desventura.

Pues la vil y proterva compañía
Por las islas se fué regocijando,
Segun comun costumbre que tenia,
Comiendo de los presos y matando
La pieza que mejor les parecia;
Y por derecha vía navegando,
Llegó con buenos tiempos y zaborda
En la isla que llaman Virgen-Gorda.

En aquella sazón y coyuntura
Que llegó la compañía monstruosa,
Iba nuestro hidalgo sin ventura
Trabado de la yerba ponzoñosa;
Y conociendo ser de poca dura,
Por dalle muerte mas calamitosa,
Mandarónlo poner en un madero
Do todos le tiraron á terrero.

En aquestos tormentos apartados
De todo cuanto puede ser olemencia,
Los ojos á los cielos levantados,
Con suma devoción y reverencia,
Demandaba perdón de sus pecados
Armado de grandísima paciencia;
Dió fin á los trabajos deste suelo
Para gozar descansos en el cielo.

Pues no fué por entonces encubierto
Ser hombre de santísimas costumbres,
Y sus negras dijeron por muy cierto
Presentes á las dichas pesadumbres,
Que en el mismo lugar donde fué muerto
Aquella noche toda vieron lumbres;
Quisieran ellas dalle sepultura,
Mas no lo consintió la gente dura.

Una que quiso ser mas atrevida,
Dicha Isabel, mujer de mas coraje,
De golpe de macana fué herida
Por uno del ejército salvaje;
Al fin, cuando hicieron su partida,
Lo mandaron echar al rebalaje
Del agua sin que nadie le tocara,
Para que el agua misma lo llevase.

Faltóles á los nuestros la paciencia,
Entendida la nueva lastimera,
Haciéndoseles cargo de conciencia
No ir tras esta gente carnícera;
Y así se procuró con diligencia
Efetuar con tiempo la carrera,
Pensando redimir aquel captivo
Que todos sospechaban estar vivo.

Para poder llegar á los confines
De los caribes fieros, atrevidos,
Aderezaron buenos bergantines
De cosas necesarias proveidos;
Los soldados que llevan son insínes
En militares artes escogidos,
Y fué por general en el armada
Joan de Yucar, persona señalada.

Persona que de mí fué conocida,
Con sus armas, banderas y estandarte,
Y así, si Dios á mí me diere vida,
Diré mas largo del en otra parte;
Los capitanes fué gente lucida,
Entre quien la restante se reparte;
El uno dellos fué Joan de Avendaño,
Que me dió larga cuenta deste daño.

El cual anduvo bien este camino
Mostrando gran valor en la jornada,
Y este día de hoy es mi vecino
En este nuevo reino de Granada;
Fué Benito Velazquez, hombre dino
Que su persona sea celebrada,
Y ansimismo Limon, y Alberto Perez,
Consultores en estos pareceres.

De muchos valerosos desta gente
Pudiera hacer nómina prolija,
Mas agora diré tan solamente
Del capitán Alonso de Librija,
Que para todas cosas de valiente
Su gran industria fué no menos fija;
Y así dejemos el armada presta
Para decir después lo que me resta.

CANTO SESTO.

Donde se cuenta cómo llegó el armada á la Dominica, cómo cobraron las negras de Cristóbal de Guzmán y muchas indias, y lo que mas sucedió, con otros saltos que después hizo Yahureibo en la isla de San Juan ó Boriquén.

Bien puede ser que el triste se consuele
Con esperar soçorro de algun bueno,
Mas comun opinion del vulgo suele
Decir de pelo cnelga mal ajeno;
Pues aunque el singular á muchos duele,
Allí dolera mas do fué mas lleno,
Y este con mas solicitud procura
Antídoto que pueda dalle cura.

Cristóbal de Guzmán mujer tenia,
Señora de muy gran merecimiento,
Que doña Mayor Vazquez se decia;
La cual con increíble sentimiento
Gran cantidad de gentes traía
Sin poder comportar detenimiento,
Y para recobrar su dulce prenda
Gastaba de sus bienes y haciendas.

No pudo falta ser que no cumpliese
Por orden y concierto convenible,
Sin querer reparar en interesse,
Con tal solicitud que es increíble;
Hizo pues que el armada se partiese
Con cuanta brevedad le fué posible,
Llevando capitanes y sarjentes,
Soldados poco menos de doscientos.

En cinco bergantines artillados
Partieron pues de nuestra isla rica,
Y tres ó cuatro días navegados
Llegaron á la de la Dominica,
Do tomaron los indios desceudados,
Segun la relacion nos certifica;
Y así saltaron bien apercebidos
A la parte del sur sin ser sentidos.

Puestos en tierra ya desta manera
En un puerto de azufre nada falto,
Esperaron la noche venidera
Para poder hacer algun buen salto;
Encubiertos muy bien con la ribera
Y con sus atalayas en un alto,
Esperaban el tiempo mas oscuro
Para poder salir sobre seguro.

Seria media noche ya pasada,
Cuando con el recato conviniente
En tierra salta gente bien armada,
Y el camino que llevan es patente;
Y así, poca distancia caminada,
En un pueblo se dió de mucha gente;
Y repartidos bien por sus cuarteles,
Tocaron la trompeta los fueles.

Entraron los que estaban repartidos
Con gran solicitud y diligencia,
Recordaron los indios atrevidos
Sin rehusar guerrera competencia;
Mas eran luego muertos ó rendidos,
Sin les bastar su viva resistencia;
Tomaron grande copia de captivos
De los restantes que quedaron vivos.

Con manos prestas y con piés livianos
Se recorrian los demás andenes,
Halláronse preseas de cristianos
Y cantidad de los robados bienes;
Vinieron las tres negras á las manos,
Muchas antiguas indias boriquenes;
Al puerto se volvieron manos llenas,
Y los caribes indios en cadenas.

Metieron en la mar la gente perra,
Por mas asegurar que no se vaya,
Los bergantines el prois en tierra,
Los nuestros divertidos por la playa;
Mas los caribes hombres son de guerra,
Y el caribe feroz jamás desmaya;
Hiciéronse después otras dos suertes
En pueblos, y no fueron menos fuertes.

Al tiempo que el cristiano se vestia
De mas victoriosas esperanzas,
El indio Yahureibo no dormia
Trazando mil maneras de venganzas,
Holgando de ver nuestra compañía
Con unas descuidadas confianzas;
Y así por tierras, y otros en piraguas,
Les tomaron las tierras y las aguas.

Tenia la bahía señalada
Al lado promontorio montuoso,
Donde hizo poner un emboscada
De gente de furor impetuoso;
Y hizo por la mar ir en armada
Con las piraguas capitán mañoso,
Para que juntos dos caudillos diestros,
Por mar y tierra diesen en los nuestros.

Efetnados estos pareceres,
Que para su defensa convenian,
Y gozando los nuestros de placeres,
Pues sin ningun temor se divertian,
Alzó los ojos un Alberto Perez,
Y vido las piraguas que venian,
Tiros mandó soltar en continente
A fin de recoger toda la gente.

Oida la señal que les espresa
Que venga cada cual y se guarde,
Acudieron los nuestros á gran presa,
La mayor parte dellos algo tarde,
Pues en ejecución de su promesa,
Yahureibo llegó con gran alarde;
Tanto que se juzgó por buenos fines
Cortar los cables á los bergantines.

Por la mar se hicieron á lo largo
Las cuatro que pudieron evadirse,
Tomando todos ellos á su cargo
Con los de las piraguas combatirse;
Mas Benito Velazquez, muy amargo,
No pudo de la playa desasirse,
Porque cargó sobre él tanta potencia
Que ya no le bastaba resistencia.

Defendíanse bien los del espada,
Daban críeles golpes y pesados;
Mas era tan espesa la nevada
De flechas y de dardos afilados,
Que de la gente noble mas granada
Le mataron allí treinta soldados,
Y el Benito Velazquez todavía
Con supremo valor se defendia.

Al tiempo que el rebato sobrevino,
Del puerto se halló muy apartado
Un hombre trapanés, buzo marino,
En coger ciertas frutas ocupado;
Al puerto revolvió; mas cuando vino
Vió por todas partes rodeado,
Y por estar en peso la porfia
Nadie lo pudo ver cuando venia.

Viendo tan claro riesgo de su vida,
Sin hallar por adonde se escapase,
Con sumas voces hizo gran corrida
A ellos, sin que punto reparase;
Pensando ser de gente mas crecida,
Abrióronle lugar por do pasase;
Y como nada vido por delante,
Se pudo zambullir en el instante.

Los indios, admirados deste hecho,
Miraban do salia por flechalto,
Gran parte dellos puestos en acecho,
Mas ninguno podía devisalto;
Porque fué por debajo tan gran trecho,
Que flechas no pudieran alcanzallo;
Entre tanto Velazquez con gran brio
Pudo cortar los cabos del navío.

De la playa salió menoscabado,
Y luego recogió, como debía,
Al trapanés, que estaba sobreaguado;
Al cual no se le niegué que este día,
Como varon astuto y avisado,
Se valió del oficio que sabía;
El Velazquez, salido deste fuego,
A la naval batalla se fué luego.

Porque todos andaban á las manos
Con la caribe gente monstruosa:
Los bárbaros gallardos y lozanos,
Sin perder punto de ninguna cosa,
Y fatigados ya nuestros cristianos
A causa de la yerba ponzoñosa;
Y aun el artillería no jugaba,
Porque también la pólvora faltaba.

La cosa de temor anduvo suelta,
Acometiéndoles por todos lados:
De los indios también en la revuelta,
Algunos pocos fueron derribados;
E ya sin almacén dieron la vuelta,
Y es de creer también que de causados,
Mas de los nuestros hecha bien la cuenta,
Faltaron de doscientos los cincuenta.

Este negocio desta suerte hecho,
Llevaron á San Joan el desengaño,
Puesto caso que no con pié derecho,
Pues á todos causó dolor extraño:
Fué de pocos quilates el provecho
En consideración de tanto daño,
Y el Yahureibo, gran varon de guerra,
Otras veces corrió también la tierra.

Porque pasada ya cierta distancia
En continuación de su camino,
Dió con doscientos indios en la estancia
De Martin de Guiluz, el vizeaino;
Mas Sebastián Alonso con constancia
De buen varon y de leal vecino,
Estando los dos mal, supo la nueva
Y fué, para cobrar lo que le lleva.

Con caballo veloz y dura lanza,
Corriendo por aquella gran dehesa;
Antes que se embarcasen los alcanza,
Y les quitó los indios y la presa:
Deshizo su valor y su pujanza
Redimiendo manjares de su mesa;
Alanceando muchos, y hiriendo
Hasta la mar los iba persiguiendo.

Rompiendo varonilmente por ellos,
Con el gentil caballo do venia,
A muchos arrastró por los cabellos,
Y á los negros los daba que traia,
Que los atasen por servirse dellos.
En miuas y en estancias que tenia,
Entre ellos uno, ya varon anciano,
Que traia dos flechas en la mano.

El cual como se vió torcer la frente
De fuerza que juzgaba no ser tierna,
Determinó de dar á manteniendo
Con ambas á dos flechas por la pierna,
Untadas del veneno pestilente,
Que el mas entero seso desgoberna;
Y el caballero viéndose herido,
Mató de mala muerte su vencido.

Desbaratadas estas compañías,
Volvióse las heridas recelando,
Y desde á poco dió fin á sus días
Con gran conocimiento, mas rabiando;
Acabaron sus grandes valentías,
Con grande compasión de nuestro bando,
Hizo cosas no dignas de tiniebla,
Fué andaluz y natural de Niebla.

Demás desto que el verso certifica,
Después de muchos días, cierto día,
Dió gente, de la dicha Dominica,
Con el astucia y orden que solia,
En pueblo de Luisa la cacica,
Do estaba de presente Joan Mejía,
Aquel fuerte varon, de color loro,
Cuya muerte causó no poco lloro.

La india le decía que huyera,
Mas él le respondió con lo que piensa:
«Eso no me conviene, ni Dios quiera
Que mi honra padezca tal ofensa;
Ni te dejaré yo desta manera
Aunque sepa morir por tu defensa;
Y ansi del tal asalto desecuido,
No pudo salir bien aderezado.

Debajo de su fuerte confianza,
Viendo los enemigos estar dentro,
Salió con una espada y una lanza
A fin de resistir primer rencuentro;
Mas fué demasiada la pujanza
De los que le salieron al encuentro;
Y con ver ante sí tan gran potencia,
No dejó de hacer gran resistencia.

Vió luego con Chaquiras y Pomares,
Gallardo capitán que los mandaba,
Al cual atravesó por los ijares
Con la lanza jineta que llevaba;
Hizo después bien anchos los lugares
Por aquel escuadron de gente brava,
Como toro feroz y madrigado,
Que por diversas partes es picado.

Fué tan feroz en el arremetida,
Y la priesa que dió fué de tal suerte,
Que tuvieron por buena la huida,
Con temor de la sangre que se vierte,
Mas no quedó seguro de su vida,
Antes con certidumbre de la muerte,
A la cual en tres días fué cercano,
Haciendo diligencias de cristiano.

Deste pernicioso documento
La Luisa quedó muy mal herida,
La cual murió con buen conocimiento
Aunque era nuevamente convertida;
Quedóte hasta hoy al tal asiento
Su nombre, y es estancia conocida,
Quedando de grandeza tan notoria,
De gente solamente la memoria.

Después el Yahureibo tan molesto
Continuaba tanto su venida,
Que cada cual dormía por su puesto
Con grandes detrimentos de la vida;
Ponían por la isla para esto
Gente de guarnición apercebida,
Con Sancho de Aragon, diestro caudillo,
Y con ellos el perro Becerrillo.

Las furias y rigores desta llama
Sosegarian hasta medio año;
Después de las estancias de Guayama
Volvieron los caribes al engaño;
Y á Sancho de Aragon llegó la fama
Cerca de do hicieron aquel daño,
El cual con el recado convenible
Vino con cuanta priesa fué posible.

Ya cuando Sancho hizo su llegada
El escuadron feroz de gente perra
Grande presa tenían embareada,
Quedándose los mas dellos en tierra:
Anduvo la refriega bien trabada,
Duraron los rencuentros de la guerra;
Mas los indios huyeron á las aguas
Para se guarecer en las piraguas.

Al tiempo que el rencuentro mas ardia,
No poca parte fué para vencellos
El perro Becerrillo, que hacia
Pedazos las ijadas y los cuellos,
Y en continuación de su porfia,
A nado por la mar entró tras ellos,
Do uno de los que él despedazaba
Lo hirió con las flechas que llevaba.

Después que se sintió desta manera,
Y al que mal lo trató dejó sin vida,
Volvió con brevedad á la ribera
En busca de la gente conocida;
Como si de razon uso tuviera,
Sentimiento mostró de la herida;
Curáronlo quemándolo con fuego,
Pero nada prestó, pues murió luego.

No murió con rabioso desconsiento,
Aunque fué del veneno pestilente;
La falta deste perro causó cierto
Grandísimo dolor á nuestra gente;
Y porque no se viese que era muerto,
Lo mandan enterrar secretamente:
Para los indios fué plaga terrible,
Y dellos se juzgó por invencible.

Después que esta desgracia les avino,
Supieron que la gente carnícera
Acia Vieque hizo su camino,
Pegada con San Joan, isla frontera,
Do con humana carne de su vino
Hicieron una larga borrachera,
Y nuestra gente casi de improviso,
A los de San German dieron aviso:

Pueblo do yo vi muchos moradores,
Frecuencia de navios y de barcas,
Grandes estancias por sus rededores,
Ricas minas en todas sus comarcas:
Traté de sus primeros pobladores
Villanueva, Rincon y Sancho de Arcas,
Jerónimo Fernandez de Virués,
Que hoy con vida hado sobreseés.

Mas esta guerra cuando se hacia
Fué años atrasados desta gente,
Y en San German entonces residia
Cristóbal de Mendoza por tiniente:
Señalado varon en valentía
Y contra los caribes excelente,
El cual por desear verse con estos
Sesenta buenos hombres hizo prestos.

Embarcáronse pues con buen recado
Y ganas de hallar los enemigos,
Nuestro Mendoza muy regocijado
Por querer ir con él de los antiguos:
Pero Lopez de Angulo, Joan Casado,
Joan de Leon, Quindós y otros amigos,
Porque tenia ya de tales lanzas
No vanas, sino ciertas esperanzas.

Llevaron para esto buena guia,
Y para su viaje tiempo hecho;
Llegaron á Vieque por tal via,
Que no pudiera ser mas á provecho,
Por tener la caribe compañía
Las piraguas en un lugar estrecho,
Donde por ser la boca recogida
Podian estorbarles la salida.

Fué rato de la noche su llegada
Guiando los navios á las lumbres,
La gente de los indios ocupada
En tierra con sus ritos y costumbres;
Y así los bergantines del armada
Entraron sin ningunas pesadumbres,
Y sin que reparasen en las aguas
Les pudieron tomar doce piraguas.

Acudieron los indios al ruido,
Segun suele venir gente tan fiera,
Habiendo ya Mendoza proveido
Gente para la mar y para fuera,
A tierra sale bien apercebido
Tomando con cuarenta la ribera,
Con buen ardor y grande diligencia,
Puesto caso que no sin resistencia.

Porque los bárbaros mozos y canos
Arremetieron duros y protervos,
Con lanzas y macanas en las manos,
Bien como los lebreles á los ciervos,
O como contra pollos los milanos,
O ya de la manera que los cuervos
Se suelen abatir á carne muerta,
Al tiempo que la hambre los despierta.

Pospónense temores, huyen miedos,
Nadie muestra señal de cobardía,
Los indios con tan ásperos denuedos
Cuanto necesidad allí pedía;
Pero los españoles no van quedos,
Pues cada cual del brazo se valia,
Con golpes y con puntas tan estranas
Que rasgan pechos, rompen las entrañas.

Gran grita y alarido se condensa
Después que Yahureibo tocó cuerno,
Encendido de furia tan inmensa,
Ansi como si fuera del infierno:
Tiros á tiros dan la recompensa,
A cuchillada golpe nada tierno,
Descalabró cabezas, quebró muelas,
Hizo pedazos manos y rodelas.

Pero Lopez de Angulo como via
Aquel indio que tanto se estremaba,
Puesto caso que no lo conocia,
Ni ser el Yahureibo se pensaba;
Por refrenar tan suelta valentía
Y poder quebrantar su furia brava,
Salió con sus armas al encuentro,
Mas él no se retrajo mas adentro.

Al singular certamen van dispuestos
Ambos á dos de juventud lozana,
Mancebos, altos, sueltos, bien dispuestos,
Y cada cual con increíble gana:
Para los golpes y respuestas prestos,
Uno con hierro y otro con macana,
Rompen aquí y allí, y en breves puntos
Los dos leones fieros se ven juntos.

Angulo le libró con el espada
Un golpe de revés embravecido,
El indio rebatió la cuchillada
Con soltura y ardid jamás oido;
Y dió con la macana levantada
Golpe no de varon enflaquecido,
Sino con violencia tal que pudo
Hacelle dos pedazos el escudo.

El Pero Lopez del no se desvía,
Aunque el escudo fuerte vió deshecho;
Mas antes con lozana gallardía
A él encaminó salto derecho;
Y como Yahureibo no huía,
Vinieron á juntar pecho con pecho,
Forcejando con piernas y con brazos,
Tanto que se hacian mil pedazos.

Bien así como dos feroces perros
De natural furor estimulados,
O ya con las carlanças, ó sin fierros,
Sobre los piés traseros levantados,
Erizados los pelos de los cerros,
Dándose crudelísimos bocados,
Y aunque dura gran rato la porfia
Ninguno dellos siente mejoría.

Así con la cudicia del trofeo
Trabaja cada cual, y nadie medra;
No quiere Yahureibo ser Anteo
Con ser el Pero Lopez firme piedra:
Los brazos á los cuerpos dan rodeo
Segun á duras plantas verde yedra,
Ninguno dellos piensa de rendirse,
Ni quiere del contrario desairse.

Andando pues la lucha tan trabada
No sin pelos de barbas y cabellos,
Con rodilla, punete, cabezada,
Sudando ya los pechos y los cuellos,
Con arma de dos filos enastada
Francisco de Quindós llegó sobre ellos,
Y al fallo de vestidos y de faldas,
Atravesó por medio las espaldas.

Pesó por el honor de lo que tocó
Al Pero Lopez desta su venida,
Y mucho mas de ver el modo loco
Que tuvo para dalle la herida;
Pues Yahureibo muerto, faltó poco
Para que lo privara de la vida,
Porque como pasó de buena gana
Un poco le tocó la partesana.

Aquestos duros trances acabados,
Encuentros y rencuentros escesivos,
Los caribes quedaron mal parados,
De doscientos, ochenta solos vivos;
Los cuales todos fueron maniatados
Quedando por esclavos y captivos;
Diez heridos de los de nuestra suerte,
Pero ninguno dellos fué de muerte.

Con grillos, con cadenas ó tramojos
Los indios en los barcos son metidos,
Mitigáronse mucho los enojos
De los daños atrás acontecidos:
Con la presa volvieron y despojos
A donde fueron muy bien recibidos;
Y los demás negocios desta gente
Os diremos agora brevemente.

CANTO SETIMO,

Donde se cuenta cómo privaron del gobierno á JOAN PONCE DE LEON, el mal galardón que se dió á los valerosos conquistadores que hallaron la tierra, las novedades que hubo después que Joan Ponce dejó el cargo, con otras muchas cosas hasta la muerte del dicho Joan Ponce.

Nunca jamás envidia se desvía
De la prosperidad mas eminente;
Antes nacieron ambas en un día
Y entrambas van creciendo juntamente:
Envidia es universal espía
Que persigue la mas ilustre gente,
Y con mayor vigor en estas partes
Compuso sus reseñas y estandartes.

Con la moderna gente que venía
Llegó gran cantidad deste veneno,
Que los mas buenos hechos deshacia,
Y nadie de sus bocas era bueno:
Antes cualquiera dellos pretendía
Gozar sin su trabajo del ajeno;
El hombre vil y el mas soez de todos
Decía que venia de los godos.

Y así, fraudes, engaños y cautelas
Que trajeron algunos pobladores,
Contra Joan Ponce van á todas velas
Y contra sus primeros valedores:
Ocuparon al rey grandes novelas
De parte de malditos escritores,
Y como los caminos eran largos,
No pudo por entones dar descargos.

Al tiempo pues que estaban esperando
El galardón sus inclitos soldados,
Privaron al Joan Ponce de su mando,
Quedando todos muy desconsolados:
La tierra repartió contrario bando
Y quedaron así mas agraviados,
Por ver que se llevó la mejoría
El inútil que no lo merecía.

Mas esto no es en Indias cosa nueva,
Y siempre se será lo que fué antes;
Tenemos destas cosas larga prueba
Por haber visto muchas semejantes:
Pues quien postrero va primero lleva,
Mayormente malsines y chocantes,
Con deudos y criados de jueces,
Que ya todo lo hinchen estas heces.

No tienen ellos cuenta con el fuerte
Ni con quien ha mejor al rey servido,
Y aun aquí Salazar quedó sin suerte,
Con que fué del jaez que habeis oido:
Este varón murió cristiana muerte,
De dolores de bubas affligido,
Armado de grandísima paciencia
Y con examen largo de conciencia.

Rigió después aquestas compañías
Un Joan Ceron, á todos odioso,
Y así por tener cargo pocos dias
Los gobernó Rodrigo de Moscoso;
Sucedióle por muchas demasias
Cristóbal de Mendoza valeroso,
Varón capaz, sagaz y diligente
Y en todos sus designos escelente.

A este por su bien el rey lo llama,
Sucediendo Velazquez licenciado,
Herederó de hartó mala fama,
Y así deste gobierno fué privado;
Vino después Antonio de la Gama,
En estas partes hombre señalado;
Luego Pedro Moreno tuvo mando,
Y después deste Manúel de Olando.

Estos solos que el verso representa
Me pareció decir deste distrito;
Pues corre ya la era de setenta
Y nueve, do los pongo por escrito;
Pues si de los demás hiciese cuenta,
Sería proceder en infinito,
Y nunca resumir en largos cuentos
Las vueltas y diversos movimientos.

Y porque de memoria no me fio,
En los demás vecinos no reparo;
Pero sé que fué gente de gran brio,
Y de necesitados buen amparo:
Fué dellos un señor, amigo mio,
El nombre del cual es Francisco Caro,
De quien os contaré con verdad pura
Una muy venturosa desventura.

Usando de virtudes y proezas,
En guerra y paz se dió tan buena maña
Que granjeó gran copia de riquezas,
Y quiso trasportallas en España;
Navegaba marinas asperezas
Con gente que sus vias acompaña;
En dos buenos navios proveidos
De cuanto cumple ser apercebidos.

El mar que á movimientos es sujeto
Le volvía las ondas en llanura,
Dando seguras muestras de quieto,
Si pudiera tener hora segura;
Mas sin tormenta suple su defecto
Otra calamitosa desventura,
Pues cosa no se ve que no lo sea,
Aunque patentemente no se via.

Fué pues que navegando reta via
Con prósperos aflatos el entena,
Llegada ya la clara luz del día,
Cuando navegacion da menos pena,
Por la siniestra mano discurría
Una poderosísima ballena,
Y embistió con la nave desdichada,
De semejante caso desdichada.

Como quien deseoso del entrego
Alguna fortaleza contramína,
Donde sulfúreos polvos pone luego
Sin temer los cercados la ruína;
Y con horrible trueno puesto fuego
Los saltea con muerte repentina,
Y la velocidad es de tal suerte
Que mueren sin que sepan de qué muerte;

Con impetu tan fiero sumergido
Este navio fué por la sonda,
Sin le ser un momento concedido
Para poder llorar su desventura;
El desdichado y el apercebido
Tuvieron una misma sepultura;
Con velas de las naos van cubiertos
Y amortajados antes de ser muertos.

En aquellos mortíferos extremos
La jarcia no los deja de revueltos;
Otros, según que ya dicho tenemos,
En sinuosas velas van envueltos,
Otros hicieron de sus brazos remos
Que desde la cubierta fueron sueltos,
Y entre ellos con valor y esfuerzo raro
Mostró bien ser quien es Francisco Caro.

Pidiendo va socorros á María,
Como quien es su muy aficionado,
Esforzando la poca compañía,
Que también como él andan á nado;
Llamóles al batel que ya tenía
Entre marinas aguas anegado,
Diciéndoles: «pues es el viento manso,
Tenemos algún tanto de descanso.»

«Este remedio es mas conveniente
A males que de bienes son ajenos,
Entre tanto que pena tan terrible
Procuran remediar algunos buenos;
Pues la gente demás es imposible
Que de su vista no nos eche menos;
Y si, como pensamos, es aquesto,
El remedio tenemos aquí presto.»

Admirada la nave compañera
Deste desaparecer tan repentino,
A gran furia batel echaron fuera,
Y para ver qué fué hacen camino:
Hallaron estos ya de tal manera,
Que fué la brevedad cual les convino;
Pues, aunque el mar estaba de bonanza,
Peligro prometía la tardanza.

Aquellos miserables afligidos
Templaron su dolor con la venida,
Por estar todos ellos poseídos
De gran desconfianza de la vida;
Fueron pues en la nave recibidos
Con el que desde España no me olvida
A quien escribo cartas, y rescribe,
Y viva muchos años como vive.

Vuelvo pues á Joan Ponce, poderoso
En los dones de Juno y de Belona,
Que de mayor empresa codicioso,
Y de servir á la real corona,
Nunca quiso jamás tomar reposo
Pudiendo ya gozallo su persona;
Y así fuera del cargo de justicia,
Quiso sacar á luz esta noticia.

Entre los mas antiguos desta gente
Había muchos indios que decían
De la Bimini, isla prepotente,
Donde varias naciones acudían,
Por las virtudes grandes de su fuente,
Do viejos en mancebos se volvían,
Y donde las mujeres mas ancianas
Deshacían las rugas y las canas.

Bebiendo de sus aguas pocas veces,
Lavando las cansadas proporciones,
Perdían fealdades de vejezes,
Sanaban las enfermas compleciones;
Los rostros adobaban y las tececes,
Puesto que no mudaban las faiciones;
Y por no desear de ser doncellas
Del agua lo salían todas ellas.

Decían admirables influencias
De sus floridos campos y florestas;
No se vian aun las apariencias
De las cosas que suelen ser molestas,
Ni sabían que son litispenciencias,
Sino gozos, placeres, grandes fiestas:
Al fin nos la pintaban de manera
Que cobraban allí la edad primera.

Estoy agora yo considerando,
Segun la vanidad de nuestros dias,
¿Qué de viejas vinieran arrastrando
Por cobrar sus antiguas gallardias,
Si fuera cierta como voy contando
La fama de tan grandes niñerías!
¿Cuán rico, cuán pujante, cuán potente
Pudiera ser el rey de la tal fuente!

¿Qué de haciendas, joyas y preseas
Por remozar vendieran los varones!
¿Qué grita de hermosas y de feas
Anduvieran aquestas estaciones!
¿Cuán diferentes trajes y libreas
Vinieran á ganar estos perdones!
Cierto no se tomara pena tanta
Por ir á visitar la tierra santa.

La fama pues del agua se vertía
Por los destos cabildos y concejos,
Y con imaginar que ya se via
En mozos se tornaron muchos viejos:
Prosiguiendo tan loca fantasía
Sin querer ser capaces de consejos;
Y así tomaron muchos el camino
De tan desatinado desatino.

Al norte pues guiaron su corrida,
No sin fortunosisimos rigores,
Bien lejos de la fuente referida
Y de sus prosperados moradores;
Mas descubrió la punta que Florida
Llamó, porque la vió pascua de flores;
Volvióse hecho tal descubrimiento,
Y pidiólo por adelantamiento.

El rey nuestro señor, que bien sabia
Sus servicios, proezas y valores,
Luego le concedió lo que pedía
Con otras mas mercedes y favores;
Por las cuales Joan Ponce prometía
De le hacer servicios muy mayores;
Y para los efectos deste cargo
De los bienes ganados gastó largo.

De gentes y pertrechos proveida
Aderezóse luego grande armada,
Pusieron en efecto la partida
Para muerte de muchos deseada;
La tierra se tomó de la Florida
Con un escaramuza muy trabada,
Por venir á la playa los floridos
En su defensa bien apercebidos.

Son los floridos todos bien dispuestos,
Membrudos, recios, sueltos, alentados,
En todas proporciones bien compuestos,
En los arcos y flechas muy usados;
Son en sus armas sumamente prestos
Y en las peleas nada descuidados,
A los contrarios van viejos y nuevos
Como las bestias fieras á sus cebos.

No nada con tal impetu sirena,
Ni por las bravas ondas tan esperta,
Pues cada cual y no con mucha pena
Entre voraces peces se despierta;
Matan en alta mar una ballena
Para la repartir después de muerta,
Y aunque ella se zabulla, no se ciega
El indio, ni de encima se despega.

No puede con sus fuerzas no ser flacas
Desechallo de encima las cervices,
El indio lleva hechas dos estacas
De durisimas ramas ó raíces,
Y en medio de las ondas ó resacas
Se las mete de dentro las narices,
La falta del resuello la desmaya,
Y así la hacen ir acia la playa.

Son las cazas y pescas sus usanzas,
Y en aquesto consisten sus primores,
Aqui suelen poner sus esperanzas
Los niños y mancebos y mayores;
Así se curan poco de labranzas,
Y entre ellos hay muy pocos labradores,
Sus usos á las noches y mañanas
Son mazas, arcos, flechas y macanas.

La tierra con verdores se matiza
Y desde lejos buen color esmalta;
Pero si la bellais escandaliza,
Por ser de bastimentos toda falta;
En su mayor compás anegadiza
Sin parte que podamos decir alta;
Hay por estas distancias y caminos
Cantidad de nogales y de pinos.

Desembarcaron pues recién venidos
En tierra que por ellos se desea;
Pero gran cantidad de los floridos
Apercebiéronse para pelea;
Y tan desvergonzados y atrevidos
Que cosa no se vió que mas lo sea:
Joan Ponce de Leon como valiente
Puso también en orden nuestra gente.

Sin temor de fortuna mal aviesa
Salieron españoles al encuentro;
Mas el que hizo mas brava promesa
Se quisiera meter dentro del centro;
Porque los indios dieron tanta priesa,
Que huyeron los mas la mar adentro;
Las voces de Joan Ponce con su hecho
Por allí fueron de ningun provecho.

Porque vió de su gente ya caída
Gran cantidad por uno y otro lado,
Los vivos todos iban de huida,
Sin que guardasen orden concertado;
El ansimismo de mortal herida
El un muslo tenía traspasado,
Y parecióle ser intento loco
No irse retrayendo poco á poco.